

## EL PATIO DE LOS LEONES.

Al presentar la vista de este magnífico detalle de la Alhambra de Granada, no tratamos de reproducir una de las muchas descripciones de este incomparable monumento que el lector habrá visto mil veces, queremos solo que venga á ocupar una página en nuestro repertorio de recuerdos artísticos nacionales, persuadidos, al obrar así, de que complace en ello á los constantes suscritores del SEMANARIO que agradecen los trabajos con que enriquecemos la parte monumental de nuestra obra, pero también de que no podrían encontrar novedad en cuanto les dijéramos relativamente á un edificio como la Alhambra, del cual corren impresas tantas noticias y narraciones escritas por nacionales y extranjeros.

### FUNDACION DEL HOSPITAL DE SANTIAGO EN TOLEDO Y SEPULCRO DE LA MALOGRADA.

Escasas y harto confusas son las noticias y primeras memorias, que sobre la fundacion del Orden de Santiago, traen los cronistas de las Ordenes militares, y hasta el día seguiriáramos en la misma oscuridad, á no ser por la erudicion y laboriosidad del sabio e istoriador Agurleta: quien en el siglo pasado puso en claro todo esto, en su apreciable obra so-

bre la vida del fundador de la Orden de Santiago, cuyo verdadero nombre, patria y acciones desconocieron cuantos anteriormente se ocuparon sobre tan interesante punto.

D. Pedro Fernandez de Fuente Almejir, hijo de D. Fernando Garcia de Fita, nieto del Rey D. Garcia de Navarra y de Doña Estelania Arnuengol dió principio á un instituto que fué el terror de la morisma y una de las principales glorias de la España. Nació en Toledo, el 1117 en las casas heredadas de sus abuelos y en la época de las revueltas entre Doña Urraca, su hijo D. Alonso y su esposo el Rey de Aragon. Aun existen las ruinas de esas casas en la plazuela que hoy se vé delante del actual hospital de esa orden, las cuales fueron primero del Cid, ó Ruy Diaz de Vivar primer alcaide de Toledo, que heredó luego D. Ordoño su sobrino, hijo de Martín Antolinez el Bungalés. Pertenecieron despues á los templarios que erigieron allí una Iglesia, la que despues de su supresion, pasó á la Orden de Malta bajo la advocacion de San Juan de los caballeros, y que subsistió hasta el siglo pasado, en que fué preciso derribarla, para edificar la gran casa de caridad que erigió el Cardenal Lorenzana, que hace hoy parte del colegio general militar, y tras de la cual se vé una columna con una cruz, que indica la primitiva existencia de aquel antiguo templo.

Pacificado el reino asistió nuestro D. Pedro Fernandez, con sus hermanos á las conquistas de Aurelia, Baeza, Almería y Lérida, y marchó despues á Palestina, imitando en eso á los mas ilustres caballeros de su Orden de 1843.

de su época. A su vuelta en 1160, encontró á Castilla presa de facciones y revueltas con la muerte de Don Sancho el deseado y rivalidades de las poderosas familias de los Laras y Castros á cuyas banderas estaban afiliados casi todos los nobles del reino. Mucho trabajó D. Pedro en apaciguar estas diferencias, y terminadas con la proclamación de Alfonso VIII en Toledo por D. Estévan Illan y sus amigos, pensó seriamente en la fundación de su orden. En ocasión de amenazar los moros invadir ambas castillas y reinos de Leon y Portugal; unido D. Pedro con muchos caballeros, dió principio al instituto para la defensa del país de Alcántara y Alburquerque eligiendo por cabeza y sede de la congregación, la ciudad de Cáceres, por lo cual tuvo aquella por su primer nombre casa de los caballeros de Cáceres. Fomentaron los reyes la naciente asociación, ya enriquecida con los bienes de sus individuos, donándola muchas villas y lugares, en 1169. Los caballeros tomaron á poco la insignia de la cruz roja al pecho, en forma de espada, y bandera propia de tela blanca con cruz roja cuadrada, con remates en forma de flor de lis. El 1170 se determinó el nuevo fundador y maestro á unir su congregación á otra de canónigos reglares y después de varios convenios, lo hizo la orden con el prior y canónigos de Loyo, redactándose, por ese mismo tiempo, la regla provisional, y consagrándose todos por vasallos y caballeros del Apóstol Santiago, y hermanos de su Iglesia, cuya ceremonia se hizo el 12 de Febrero de 1171, quedando desde luego D. Pedro y los suyos por freires canónigos de la Orden de Santiago de la Espada, y en su poder la bandera del Apóstol queles fué entregada en Leon. Al año siguiente, confirmó la orden, con autoridad Apostólica, el cardenal Legado Jacinto Polo; pero desgraciadamente á muy poco padeció en sus principios esa asociación los mas duros y sensibles contratiempos. Cáceres, Alcántara, Alburquerque y otros muchos pueblos, cuna de la orden, cayeron en poder de los moros el 1173, y en su defensa perecieron gloriosamente gran número de caballeros, sacrificándose, aunque inútilmente por contener el ímpetu de los enemigos.

D. Pedro que á la sazón se hallaba en Portugal, al saber estas desgracias solicitó de su Rey diese á la Orden el castillo de Monsanto, que concedido, se depositaron en él las banderas de la orden, y pasó en seguida á recorrer la España, y dar las providencias que le dictaba su celo, ya para aumentar la orden, ya para redimir á los cautivos de la misma, y este es el principio de haberse establecido en ella el instituto de redención, y fundado para eso los primeros hospitales de Cuenca y Toledo.

Recobrada ya la orden pasó toda en cuerpo á Castilla, donde la fué dada para su asiento la villa y tierra de Uclés, que tenían en depósito los caballeros de San Juan de Jerusalem, y de la cual tomaron posesion los de Santiago en Enero de 1174 dedicándose la Iglesia el 26 de Febrero y quedando para habitar el convento, el prior y canónigos del Loyo, lo cual se organizó completamente después de la confirmación de la orden por el papa Alejandro III. Cerca de la Iglesia y claustro de canónigos se puso el convento de caballeros con estancias inmediatas para los hijos de estos y aulas para enseñarlas las primeras letras, segun el tenor de la Bula.

D. Pedro pasó luego á Toledo, y comunicó al Rey su pensamiento de que el capítulo de la regla, en cuanto á la redención de cautivos, se cumpliese en esa ciudad, dedicando á ese efecto las casas que allí tenia suyas por haberlas poseído sus abuelos, del Infante D. Garcia desheredado de Navarra, las mismas de que ya queda hecha mención al principio de este artículo.

El Rey Alfonso VIII y el Arzobispo D. Cerebruno, aprobaron la idea, y en su virtud se fundó en Toledo el primer hospital de Santiago y redención de cautivos el 1075, á cuya casa se dispuso acudiesen los caballeros y comendadores de toda la orden con cuanto *por aventura* ó con el favor de Dios adquiriesen ó ganasen de los moros, dándose á esta casa el nombre de hospital de cautivos, por juntarse allí cuanto fue-

se necesario para redimir los cautivos cristianos, permutándolos por otros moros que allí se custodiaban. Gozoso D. Alonso con tener esa casa en sus dominios, y atendiendo á la eventualidad de su renta, pendiente de los azares de la guerra, donó en 1180 al hospital de redención de Toledo la mitad de la renta que producía la puerta de Visagra que se reputaba en 300 áureos anuales segun privilegio despachado en Cuenca á 2 de Abril de 1180 que trae el Bulario de la orden, expresando el rey su voluntad, de que esa cantidad sirva expresamente para redimir cautivos. Urbano III confirmó por una bula la creación de este hospital, y en ella llama celestial á este instituto, amonestando á los fieles á que cooperasen á tan piadosa obra.

Los caballeros que habitaban en el hospital de redención de Toledo sus sirvientes y ministros eran todos fijosdalgo, y muchos, ricos homes de la principal nobleza de Castilla, y de la misma calidad fueron los primeros que mendigaron limosnas para redimir cautivos. Ademas de los caballeros, habia en esta casa dos apartamientos, uno para el prior y canónigos que tenían su coro alto que daba á la Iglesia vieja donde cantaban el oficio divino, cuyo coro con solas doce sillas, existía aun en 1494, y el otro para el comendador y caballeros, donde se custodiaban los cautivos moros, y donde ademas se curaban todos los caballeros de la orden heridos en las guerras, asistidos por sirvientes y ministros que desempeñaban esta hospitalidad con el mayor fervor, siendo enterrados en su Iglesia los que allí morían, como lo confirman muchas lápidas sepulcrales que aun existen, colocadas en los claustros del nuevo edificio, de los siglos XIII y XIV cuyas traducciones conservamos entre nuestros papeles manuscritos.

Las redenciones de cautivos en la orden de Santiago decayeron mucho con la muerte de D. Alfonso XIII así como los otros hospitales que para igual fin instituyó Sto. Domingo de Guzman en Zaragoza y en las tiendas cerca de Carrion por el 1202, y fué descurridándose esa obra pia hasta los tiempos del Santo Rey D. Fernando que lo puso todo en orden y estando en Toledo el 1217, junto con su madre Doña Berenguela, favoreció al hospital de redención de esta ciudad, dándole en 12 de mayo un privilegio confirmatorio de la renta sobre la puerta de Visagra que le asignó D. Alonso XIII, donándole ademas el despojado y grande heredad de Yegros que fué en otro tiempo de Gonzalo Facundo alguacil del rey en Toledo, junto con otras varias fincas para su mejor sosten y cumplimiento del objeto de su instituto. Con el tiempo, dispensadas las redenciones que cesaron el 1230, por bula de Inocencio IV, quedó este hospital, como los de Cuenca y Alarcón, separados ya los freires de los caballeros, destinado solamente para la cura de los heridos en la guerra, ya caballeros ya vasallos de la orden donde eran asistidos á cargo de un caballero que se llamaba comendador de las casas de Toledo, cuya encomienda duró mucho tiempo, como puede verse en Rades que apunta los que la poseyeron hasta fines del siglo XV.

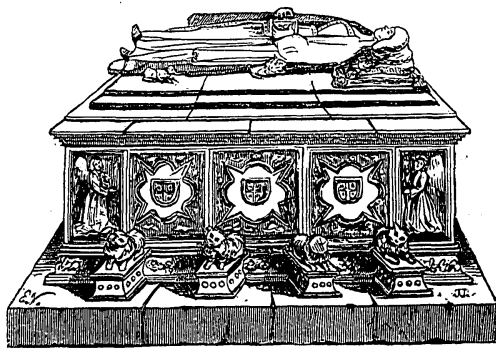
Expelidos totalmente los moros de España, con la conquista de Granada llevada á cabo por los Reyes Católicos, y atendiendo estos, á que faltando el primitivo objeto, las rentas de este hospital se debían emplear en uno de los principales fines para que fué instituido, cual fué la curación de pobres enfermos, y habiéndose desarrollado por entonces el mal francés ó venéreo, llamado mal de bubas, que recientemente habia contagiado la España, habiendo venido, segun unos, de Francia, segun otros, de Nápoles, y en opinión de los restantes, de las Antillas, el capítulo de la orden de Santiago, con autoridad del Rey Católico, como administrador de ella, mandó, que vacando la encomienda del hospital de Toledo, se amagasen y aplicasen sus rentas á la curación de los enfermos de ese mal contagioso, ó sarna gallica; pasando aquellas al cumplimiento de tan piadoso fin desde el 1500, cuya hospitalidad ha durado hasta nuestros dias, en que agregadas todas esas rentas á las demas de beneficencia, y suprimidos los patronatos.

ya se administran por la junta destinada á ese objeto, habiendo cesado la órden en intervenir en lo concerniente á la obra pía.

El nuevo edificio que hoy subsiste de este hospital, que es ámplio y hasta magnífico, ocupado hoy por los caballeros cadetes del colegio general militar, es obra, casi todo él, del siglo pasado, no habiendo quedado de lo antiguo, sino parte de un claustro y la Iglesia vieja, sin uso, después de la construcción de la nueva. En su centro se encuentra un sepulcro ó cana-ma aislada de mármol con estatua de muger joven echada, de cuyo monumento, no hace mención ningún historiador de la órden, ni cronista de Toledo. El vulgo le ha llamado siempre sepulcro de la *malograda*, y cuantos curiosos han visitado este local, ninguno ha podido averiguar quien fuese la que allí existe enterrada, y cuyo bulto vá dibujado al pie de este artículo. A fuerza de escudriñar antiguas memorias hemos podido saber que la que hace allí sepullada es Doña Maria de Orozco hija de Doña Catalina Figueroa Orozco, muger del primer marqués de

Santillana D. Iñigo Lopez de Mendoza Sr. de Iñita y Ruitrago. Fué esta Doña Maria una de las señoras más hermosas y recomendables de Castilla, y casó el 1389 con D. Lorenzo Suarez de Figueroa 83 maestre de Santiago, hijo de D. Gomez Suarez de Figueroa comendador mayor de Leon que murió en los campos de Arabiana, en tiempo del Rey D. Pedro, y de Doña Teresa de Córdova su muger, y fué electo el 28 de octubre de 1387 por muerte de su antecesor D. Garcia Fernandez. Falleció aquella señora á los 21 años de edad y uno de matrimonio con el maestre, quien en prueba de su cariño la hizo erigir ese sepulcro. El vulgo la llamó justamente malograda, y perdida la memoria de la persona y conservada la de su enterramiento, ha quedado este hasta nuestros dias, apellidado sepulcro de la *malograda*, y á falta de inscripcion que acredite la identidad de los restos, que ya hace mas de cuatro siglos allí se conservan, dedicamos estas líneas en honra de esa señora, cuya belleza y juventud, la merecieron ese fúnebre recuerdo.

NICOLAS MAGAN.



Sepulcro de la Malograda.

#### CONDICION DE LAS MUGERES EN LOS PUEBLOS SALVAJES.

Entre los pueblos cultos poseen las mugeres, por medio de sus encantos, habilidad y coquetería, mil modos de equilibrar su sexo con el nuestro; pero entre los salvajes, que en su grosera taciturnidad carecen de todas las ideas sociales, el bello sexo queda sin esperanza alguna, su debilidad carece de todo apoyo, y su vida es un continuo suplicio. Entre los hotentotes cuidan las mugeres á los varones hasta que llegan á la pubertad: emancipados estos de la tutela materna se les admite en la sociedad de los hombres, celebrándose este evento con grande aparato. Concluida la iniciación, vuelve el joven hotentote á la choza de su madre, descargando sobre esta una infinidad de golpes, para manifestarle que ya no depende de ella su educacion: si la madre se quejase á la tribu del mal tratamiento que habia recibido de su hijo, los salvajes en vez de compadecerla, aplaudirian por unanimidad el espíritu de su joven camarada, y la prueba evidente que acababa de dar de su desprecio á las mugeres. En fin la suerte del sexo estan desventurada en muchas hordas salvajes, que las madres se hacen enteramente insensibles por las hijas que tienen, cuando consideran los males que las aguardan.

Un misionero reconvenia en cierta ocasion á una joven americana en las márgenes del Orinoco, por la insensibilidad con que trataba á una de sus hijas muy niña. ¡Ojalá! respondió ella, que mis padres me hu-

bieran ahogado al darme el sér: ¡cuántas penas me hubiesen ahorrado! Cuando salen nuestros maridos á la montería, toman su arco y aljaba, y nos precisan á seguirlos con un chiquillo al pecho, y otro sobre las espaldas. Vuelven á la tarde sin traer peso alguno, pues nos obligan á llevar á cuestras lo que se les antoja, y aunque nos hallemos estenuadas de fatiga, al llegar á nuestra choza no nos permiten entregarnos al sueño, ni tomar el mas leve reposo. Nos ocupan toda la noche en la molienda del maiz, para destilar la chicha, que es su brehaje favorito. Se emborrachan, y entonces nos muelen á palos, nos arrancan los cabellos, y nos hacen experimentar el tratamiento mas horroroso; ¿y cuál es nuestra perspectiva futura después de tantos sufrimientos? Cuando llegamos á envejecer, nuestros maridos toman una muger mas joven, y la incitan á que nos maltrate á nosotras y á nuestros hijos.»

Si la mayor parte de los salvajes son los tiranos y verdugos de sus mugeres, por un contraste singular se hallan algunas tribus en que se les tributa cierta especie de veneracion. Las mugeres son esclavas entre los Hurones; pero así que llegan á ser madres de familia se las trata con mucha consideracion, admitiéndolas en los consejos, decidiendo ellas de todos los negocios relativos á la paz y á la guerra. Cuando una matrona, ya con el objeto de halagar á los mancebos de algun pariente muerto en batalla, ya para reemplazar algún prisionero, quiere que tome las armas algun guerrero, cuyo valor inspira poca confianza, le envia un collar adornado de corales: el salvaje se cree tan comprometido por esta bagatela para abrazar su causa, como nuestros caballeros andantes en los tiem-

pos caballerescos con las divisas de sus dulcíneas. Entre los Natches ocupa siempre el trono una mujer: como estas se creen descendientes del sol, al paso que consideran á los hombres como simples mortales, gozan con toda seguridad de la veneración que les dá el supersticioso pueblo. Cuando muere una reina, su marido y toda su comitiva son degollados sobre su sepulcro, é á fin de que su soberana no carezca de cosa alguna en el otro mundo. D: todos los pueblos conocidos solo se observa en el referido una costumbre tan extraordinaria; pero aun entre estas tribus esceptuadas las mugeres privilegiadas, las demas viven en una completa esclavitud.

¿Y no debe ser honorífico para el bello sexo el saber que se le trata con algun respeto y consideracion aun entre aquellas bárbaras hordas? El salvaje bagamundo ana al sexo en general, sin tener señalada predileccion hácia ningun objeto determinado.

Al dar el primer paso hácia la civilizacion abraza el hombre la vida pastoril; y formándose de este modo el tosco bosquejo de la sociedad, empieza el bello sexo á ejercer su influjo: solo en la tranquilidad de una vida reposada tienen valimiento sus artes seductorias; así es muy interesante el seguir la gradacion del poder é influencia de las mugeres al través de los diversos estaus de la sociedad, y el ver su influjo aumentarse ó disminuirse en razon á la mayor ó menor cultura de los pueblos. Ningun dominio ejercen las mugeres sobre los hombres que viven esparcidos en las selvas, pero su poder se acrecienta á medida que empiezan á construir sus cabañas, aun cuando solo sea para retirarse á ellas durante la noche.

¡Qué leccion para muchas mugeres desgraciadas que pertenecen á los pueblos civilizados! Si hay algun marido que pueda compararse á un salvaje por la conducta que observa hácia su consorte, que se le asemeja aun mas por no existir en él ni ternura, ni delicadeza de sentimientos; si su alma está tan depravada que mezcla la ferocidad á otros vicios, aun le resta á la muger un recurso para hacer su vida menos desgraciada: oculte sus pesares en lo mas profundo de su alma; que sus lamentos no salgan jamás de las paredes de su domicilio; que sea su rostro la mirada perpetua de la sonrisa y de la amabilidad; que solo pronuncie su boca palabras de dulzura. Llega la hora de retirarse su marido: sus miradas inquietas buscan algun motivo de rencilla: él llega preparado á rechazar los lloros con respuestas ásperas, á contestar con ironía á las reconveniones de una esposa que supone reprimirá sus excesos con amargura; mas; qué sorpresa! solo encuentra una mirada de dulzura, espresiones cariñosas; y el mal humor que amenazaba la tranquilidad de la noche, se convierte en caricias al no hallar resistencia. El hombre de que hablamos, empieza de allí á poco á salir de su casa mas tarde por la mañana, y á recogerse mas temprano; y como la pereza es una de las bases principales de nuestro carácter, pronto empiezan á preferirse los placeres mas suaves y de menos esposicion; hasta que al fin triunfa la felicidad doméstica de los placeres criminales, y, gracias á las virtudes de una esposa sensible, prudente y diestra, se dulcifican las costumbres de un bárbaro, y se vuelve fiel el hombre mas inconsecuente.

Casi todos los bárbaros del Norte trataban á las mugeres con la grosseria peculiar de los habitantes de las selvas; al paso que por una contradiccion inexplicable, creyendo que el bello sexo era de una naturaleza que mas se aproximaba á la de los seres divinos le confiaban el cuidado de todas las ceremonias religiosas. Esta costumbre la vemos prevalecer entre las naciones mas cultas de la antigüedad; entre los griegos pronunciaban los dioses sus oráculos por boca de las mugeres: los romanos tenían sus sivilas, y sus profetisas los hebreos. Sin detenernos en hablar de las demas naciones del Norte, me contentaré con citar á las Druidesas, las cuales estaban en tanta veneracion entre los antiguos Bretones: estas Sacerdotisas cuando veian invadido su pais corrian de pueblo en pueblo llevando en sus manos antorchas encendidas para entusiasmar á sus compatriotas, é invocando

con horribles alaridos la venganza del cielo contra los agresores. El pueblo las miraba como séres sobrenaturales, y les atribuía el poder de hacer milagros, adivinar lo futuro, excitar las borrascas, y transformarse en cualquier especie de animales: pero ningun pueblo ha llevado el tierno entusiasmo de los hombres por el bello sexo á un grado tan alto como los Escandinavos, en cuyo pais nació, por decirlo así el espíritu civilizador de la antigua caballería. Si las costumbres asiáticas introducidas en algunos países meridionales de Europa hacian desventuradas las mugeres, si estos pueblos esclavos y tiranos á la vez venian al sexo hermoso en poca estimacion, en ocasiones pasaban de repente á la mas estravagante adoracion, y de esta al desprecio; ó de un amor idólatra á los arrebatos de unos celos horribles: en el Norte por el contrario, los Escandinavos y Celtas consideraban á las mugeres como iguales y compañeras; buscando al mismo tiempo los medios de hacerse acreedores á su gracia por los esfuerzos del valor y de los hechos generosos. Estas naciones son las que mas han contriuido á extender en Europa el espíritu de equidad, cultura y moderacion, que forma el carácter distintivo de nuestras costumbres. Encendiéndose el deseo de gloria entre los guerreros Escandinavos, y á proporcion que este espíritu de heroicas aventuras se extendió por nuestra Europa, los jóvenes ansiosos de renombre, los imitaron tambien en los demas países, poniendo bajo su proteccion la defensa del bello sexo; así un caballero despues de haber sostenido cien combates, y de haber arrostrado mil peligros en obsequio de su dama, la adoraba mas que nunca, y se juzgaba dichoso si obtenia una mirada favorable: de aquí nació la elevacion de pensamientos que caracterizaba á los guerreros de aquellos dias, á proporcion que las mugeres á su vez adquirian mayor orgullo, y una opinion mas esteta de su poder. Alucinadas con las preocupaciones del verdadero punto de honor, no conocian otro medio para que un jóven consiguiere sus bellas gracias sino haciéndose famoso en la carrera de las armas, al paso que despreciaban á los que consumian su juventud en una oscura y muelle pereza. Seria inútil enumerar los ejemplos de virtud caballeresca que produjo la época citada.

Al paso que los hombres se hacian valientes y respetuosos, las mugeres se hacian virtuosas y modestas: llegó á tal punto, dice un autor inglés, el estremo á que llevaron las anglo-sajonas la idea del pudor, que muchas se conservaban aun despues de casadas en la mas severa virginidad; pero debe citarse para eterno honor del blando sexo, el singular ejemplo de valor y modestia dado por la casta Ebba, abadesa de Condingham, y las religiosas de su monasterio. Esta heroína viendo sitiado el convento por los Daneses, se cortó la nariz y los lábios, y consiguió que todas las religiosas hiciesen lo mismo: abriendo en seguida las puertas del monasterio, aguardaron la llegada de los enemigos con tranquilidad y resignacion; pero repugnando á estos tal espectáculo que les quitaba poder satisfacer sus brutales pasiones, prendieron fuego á la abadía, é hicieron perecer en el incendio á todas las desventuradas religiosas.

## LOS BAÑOS DE GRAENA.

—Enrique! tú por Madrid! cómo es eso? apenas hace quince dias que marchaste á tomar los saludables baños de Graena...

—No me hables por Dios sobre ese asunto porque se me ponen los nervios como cuerdas de guitarra y me parece que todavia estoy en el infierno.

—Qué ha sucedido? cuéntame... no me has escrito ni dos letras... parece que to olvidas de tus amigos.

—Escríbirtel para escribir estaba yo... ademas, querido mio, en el infierno no ha entrado todavia la uti-

ísima invención de la posta, y como Graena es una sucursal de ese terrible reino, participa de los mismos adelantos.

—Pero hombre, me dejas asombrado con esa *atrabilis* que traes.

—Es uno de los placeres que dejan en el ánimo las aguas de Graena, saludables según algunos.

—Vamos, ó yo no te entiendo ó en lugar de tomar los baños te has lanzado en busca da alguna aventura.

—Hombre, la única aventura á que me he lanzado ha sido la de combatir el terrible reuma que me habia dejado el brazo derecho fuera de combate.

—Pues segun veo, lo mueves como te dá la gana, no puedo menos de creer en la prodigiosa virtud de aquellas aguas.

—No te negaré que curan las reumas, pero si te aseguraré y te probaré hasta la evidencia que lo que no vá en lágrimas vá en suspiros. Entra uno hecho una S sin poderse mover, y sale derecho como un uso pero transformado en lobo, en tigre, en cualquier animal salvaje.

—Espícate, espícate.

—Sabes tú lo que es Graena?

—Si mal no me engaño es un pueblo de España á unas 7 leguas de Granada, que goza de una merecida reputacion por su baños.

—Pues amigo, estás en un error.

—Hombre!...

—Nada, te has equivocado de medio á medio. Graena no es un pueblo: Graena es una casa de baños.

—Pues debe ser inmensa, porque, ¿dónde se mete sitio tanta gente como concurre?

—Ahí está el caso. La gente que vá á Graena renueva la agradable vida de los primeros cristianos que buscaban un asilo en las entrañas de la tierra contra las persecuciones de los emperadores. En el siglo XIX á Dios gracias no se han entregado esos altos funcionarios públicos á semejante clase de diversion, pero el implacable reuma obliga á muchos á gozar de la cómoda habitacion que adoptó San Patricio. Este bendito santo dicen que vió en ella el purgatorio; lo creo muy bien, porque en la que me ha tocado he visto el infierno ni mas ni menos que como te veo. Figúrate que el lugar que se han complacido en llamar Graena es una coleccion de cuevas á cual mas apetitosas, sin mas puertas, sin mas ventanas, sin mas respiraderos que la boca por donde uno entra para remedar en un todo á los conejos ú otros animales mas ó menos domésticos. En otras partes ya hubiera habido algun especulador que haciendo cuenta con la mucha gente que acude todos los años, habria fabricado algunas casas que aunque fuesen de madera le reportarian alguna utilidad, pero chico, nada de eso: allí está todavía planteado el sistema de la naturaleza; cuevas fueron desde los primeros tiempos, quien sabe si abiertas por algun cuadrúpedo, y cuevas han de ser hasta que Dios quiera para que las habite el animal bípedo ó implume. Ya que me he puesto á disertar sobre este asunto, te voy á contar mi llegada y los tormentos que he sufrido.

—En ello tendré mucho gusto, porque tanto vale estarte escuchando como dar un paseo por las ferias.

—No diré yo tanto... Dame un cigarro y tenderé el paño al púlpito.

—Ahí tienes uno que no ha pasado por la hacienda nacional.

—Hombre, cómo es eso? no se persigue tanto el contrabando?

—Yo qué sé si se persigue ó no se persigue: lo único que puedo decirte es que si no hubiera mas cigarros que los que se venden en la aduana y los estancos el vicio de fumar desaparecia enteramente de España. Pero cuenta tu viaje y no nos metamos en dibujos.

Ya te acordarás como salí de Madrid con este maldito brazo mas inamovible que nuestra magistratura. Los dolores que me hacia pasar y el deseo natural de reponerlo en su primitivo estado, me hicieron acoger con gusto la idea de trasladarme á Graena para hallar en esta cosa sin nombre el bien que deseaba. Ay! querido mio! nunca tal hubiera puesto en planta. Los resortes del brazo estan ya corrientes, pero he criado allí una dosis tan grande de hiel que estoy temiendo que llegue el dia en que se me desparrame por el cuerpo y tome un color de pergamino viejo como le sucedió, segun dicen, al pobre Sevilla que Dios tenga en su santa gloria entre mullidos almohadones, pues bien lo merecen tantos porrazos como llevó en vida. Llegó á Granada y me hacen la descripcion de los baños á donde me dirigia: me asustó algun tanto aquello de vivir en las entrañas de la tierra sin ver la luz del sol, pero los dolores que sufría no me hicieron reflexionar en estas contrariedades. Lo peor del caso fué que habia acudido algo tarde y ya estaban alquiladas todas las cuevas. Al fin con muchos empeños pude conseguir que un amigo del marido de mi prima me cediera una parte de la cueva que habia alquilado para él solo. Con esta particula de fortuna me puse en camino, y llegué sin novedad al monte agujereado que habia de ser mi patria durante diez dias. Pregunté por el compañero que la suerte me habia deparado para compartir mi cautividad, y me dirigí á su cueva como si fuera un huron que iba en busca de algun conejo. El buen señor era un hombre de cincuenta años, de estatura prolongada á manera de palo de navio, con una cara muy enjuta que debajo de dos ojos sumamente pequeños ostentaba una especie de apagador de iglesia. La dolencia que le afligia era tambien reuma y el pobre estaba gafo. Cuando le ví por primera vez creí que era un organista, porque siempre estaba haciendo las mas raras evoluciones con los dedos. Era hombre de pocas palabras en conversacion, pero de muchas para gruñir. Figúrate que consuelo para vivir á su lado en un receptáculo oscuro, sin ventilacion, y sin ninguna comodidad! Yo no puedo espícarte lo que he sufrido. No puedes imaginarte el cuadro peregrino que formábamos cuando comiamos: suponte dos almas del purgatorio sentadas á una mesa, alumbradas por una vela, y quejándose cada uno de sus dolores mientras engullia el parco alimento que nos estaba ordenado. A los dos dias de estar á su lado ya no le podia sufrir; llegó á quemarse la sangre de tal modo que creí firmemente que aquel estantigua no era una persona humana sino un vampiro ó mi ángel malo personificado. Qué gruñir tan sempiterno! qué levantarse por la noche á caza de ratas! No me dejaba descansar ni un minuto. Por el dia tenia que echarme fuera y dar al diablo todas

las precauciones que el médico me había indicado. Yo no sé como no he cogido un tabardillo porque la mayor parte de los días los he pasado en el campo tumbado á la larga, con un calor de 36 grados, y maldiciendo de los animales dañinos de la creación, entre los que no podía menos de contar al maldito Don Damian.

Yo quisiera hacerte una pintura fiel de aquellos baños, pero amigo me es imposible; las especies se me han borrado; no conservo mas que el odio que me han hecho concebir hácia ellos.

—Pero al fin has venido curado.

—Porque la naturaleza ha obrado por sí sola; cómo puedes creer que hagan un efecto tan sorprendente en otras personas que tomáran unos baños de sol como los que he tomado?

—Y cuando estabas en la cueva, en qué diablos te entretenías?

—Esa es otra! me habian prohibido leer, escribir, ocuparme de nada que me cargara la cabeza.

—Entonces....

No hacia mas que cortarme las uñas porque me temia que alguna vez había de echarme como un tigre sobre el implacable D. Damian. Hubo momentos en que creí verdaderamente en la *metempsicosis*, figurándome que aquel hombre era un mosquito monstruo, un mosquito sin igual, el mosquito mastodonte. Si no puedes formarte una idea de sus impertinencias. Al venir del baño se había de cerrar la puerta herméticamente y se había de apagar la luz porque quería descansar. Su descanso era meterse en la cama muy arropado y empezar una letanía interminable de quejas. «Digan lo que quieran estos baños no valen un comino.... ¡T! qué calor!... ay! mi brazo!... «D. Enrique, se le figura á V. que lloverá mañana?.. «responda V. hombre!...—Déjeme V. dormir.—Después del baño no se debe dormir!... ¡Simeon!... ¡Simeoon!... «donde estará metido ese bárbaro?... dame unas friegas en este brazo.... animal! no tan fuerte que me «quitas el pellejo.... quiere V. que «chemos un juego «de ajedrez, D. Enrique?... D. Enrique!... que si quiere V. que echemos un juego de ajedrez?... yo no concibo la juventud de estos días, parece criada en un «cementerio.... pues señor voy á levantame.» Y se levanta haciendo ruido, abriendo la puerta, y tocando un organillo infernal que había llevado para entretenerse, y que no dejaba en todo el día interme-diando su música con su amena conversacion.

Por la noche se empeñaba en que había oido sonar alguna cosa, y tenía la certeza de que era una rata: sacaba los fósforos, encendía luz, se armaba de un garrote y empezaba la pelea pintiparado á D. Quijote cuando acometió á los pellejos de vino. Luego se quejaba de haber tomado aire, decía que yo no tenía entrañas, porque le permitía hacer aquellos desatunos. Pues y cuando entraba con la política? Vamos si es el cuento de nunca acabar: mis baños en Graena han sido unos baños de paciencia sublimada.

—Pero ya tendrás la recompensa hallándote en Madrid, con tu familia y entre tus amigos.

—Sí, en eso no hay duda; pero querrás creer que hasta aquí me ha perseguido la suerte?

—Pues cómo?

—Lo primero que se me ha echado á la cara á mi llegada ha sido un demonio. En cuanto bajé de la

diligencia me hallé en los brazos de una tía desdentada y matusalénica que llorando de alegría me res-



tregó sus narices en la mejilla, haciéndose la ilusión de que me daba un ósculo maternal.

—Has sido martir del cariño: verdaderamente esas ridiculeces debian prohibirse por inmortales; ¿con qué cara se presenta uno á una linda jóven despues de haberle besado una vieja?

D.

1842.

## EL OTOÑO DE 1848.

UN DIA EN MADRID.

ROMANCE.

«Ya le tenemos en casa!  
*Viernes. San Maarcio. Tempora.*  
 Viene á llevarse el calor»  
 dijo una muchacha bella,  
 que mas que bella es graciosa,  
 mas que graciosa es coqueta.  
 En su casa entraba yo:  
 al hallarla tan contenta,  
 marqué una sonrisa dulce  
 (una sonrisa de aquellas  
 que las mugeres estudian  
 y á los hombres se les pega),  
 y dije á la niña luego:  
 —«Recibe mi enhorabuena  
 por la llegada del proximo.  
 —No entiendo.—Dijiste, Adela,  
 que le tenias en casa  
 y que tu calor se lleva.  
 ¿Quién puede ser el mas que el?  
 —¿El?—Si, el cuyo, el novio, etcetera...  
 Echo á reír la muchacha,  
 hizo dos arcos las cejas,  
 y dando un suspiro eterno,  
 contesto de esta manera:

—Delirando estás, Teodoro, mi novio se halla en Valencia.  
 —¿Entonces el otro?...—¿Quién?  
 —El de aquí.—¿No tengo?—Adela, ¿estás boba? lo que hablabas no hace un instante recuerda.  
 —¡Ah! vi el calendario y dije que hoy el otoño comienza.  
 —¿Ese es tu huésped! ya caigo; interpreté mal: dispensa.—  
 Y este tan pesado exordio que media página llena de nada sirve al romance: quien quiera que no lo lea.  
 ¡El otoño! ¡qué delicia!  
 ¡estacion mágica, espléndida!  
 La vid cargada de fruto á los borrachos alegre, y al gastrónomo le brinda manjares ricos la tierra.  
 Limpio está el cielo de nubes, la brisa se siente fresca, y ni el calor nos ahoga ni el frío grande nos hiela.  
 ¡Oh benéfica estacion!...  
 ¿Qué estás diciendo, poeta?  
 ¡Te entusiasmas! Ven acá: Saca al balcón la cabeza; ¡estás en Madrid! escucha: llueve á cántaros: trueno, y el sol escondido está por no salir de vergüenza.  
 En Madrid son dos sarcasmos el otoño y primavera: nunca en la corte los vi y no sé si la *Gaceta* con un decreto *magnánimo* los desterró en otra fecha.  
 En Madrid todo es extremo: fuego ó nieve: la atmósfera (no siempre ha de ser atmósfera y mas cuando me convenga) presenta raros fenómenos, maldiccidas peripecias.  
 No hay *justo medio*; y en cambio engorda la raza médica corriendo tras de tercianas, anginas, tifus, reumas y catarros *por mayor*: lujo que el otoño ostenta.  
 Sino hace calor, ni llueve, lectora, ni estás enferma, lo que sería un milagro, vente á gozar de las fiestas que el otoño nos ofrece: ¡verás que cosas tan buenas!  
 A la calle de Alcalá te diriges: la Academia te brinda *gratis* la entrada; nada pierdes si no entras.  
*Nobles artes* ¿qué decis?  
 ¿no os sonrojais? En qué piensan esos *dignos* académicos?  
 ¿Qué *recto* juicio revelan!  
 En nuestro siglo las artes ¿dan estas *obras maestras*?  
 ¿En España no hay pintores?  
 ¿Qué la patria de Ribera, de Zurbarán, de Murillo, de Velazquez, de Pareja ¿no tiene genios que espongan obras que admiradas fueran?  
 Pintores contemporáneos ¿guardado habeis la paleta?  
 No, no: hacéis bien, que los lienzos espuestos en la Academia están como si estuviesen espuestos... á la vergüenza.  
 Salvo las obras que lucen Madrazo el pintor-poeta, Ferrant, Esquivél, Tejo,

y entre otros pocos, Utrera, todos son fieros abortos, profanacion de la ciencia, retratos y mas retratos!...  
 ¿Qué grandes cuadros ostenta la exposicion? Repasemos lo que algunos representan:  
 —Un plato de saichichon.  
 —Una señora muy fea.  
 —Un jóven desconocido.  
 —El retrato de una perra.  
 —*Estudio* de las alhajas de una señora muy vieja.  
 —*Vista* del perfil de un rostro con una nariz espléndida.  
 —Un señor con una cara de color de berenjena.  
 —Un pastel hecho *al pastel*.  
 —Una familia cualquiera.  
 —Una jóven que se sale del cuadro... al ver su belleza tan mal parada en el lienzo.  
 —Un hombre abierto de piernas.  
 —No sé qué: pues no adivino lo que el cuadro representa.—  
 ¡Hé aquí ¡progreso terrible! lo que espone la Academia!  
 ¡Huy! me marchó: nobles artes, no me sigais á la feria!...  
 ¿Qué aberracion! En Madrid cuantas cosas se conservan que la ilustracion repugna y no se atreve con ellas.  
 En la feria estoy. La corte ¿será esto? ¡Quién lo creyera!  
 Paso por alto los gritos, los insultos de fruterías y soeces vendedores; paso tambien á la fuerza los cajones de juguetes de dátiles y de telas, paso los puestos de loza y estoy pasado á la acera, donde á guisa de pasillo ha gente *dandy* pasea.  
 Las mismas caras de siempre, sumadas con las viajeras que volvieron al reclamo de las decantadas ferias. Hay la misma progression entre feas y entre bellas, que aunque he visto en los periódicos (1) que el *conde de Vista-fea* acocío mi pensamiento de echar las feas afuera, siempre atrevidas ó impívidas en la feria se presentan; aunque allí no es muy extraño, porque están llenas las tiendas de estupendos mascarones que han de competir con ellas.  
 Paso tambien el paseo.  
 ¿Qué es aquesto? ¡Santa Tecla! ¿son las calles de Madrid estas calles? ¿Es de veras que estoy dentro de la corte?  
 ¿Esto es Madrid ú Hortaleza?  
 ¿Es posible que estos chismes, salgan á luz y se vendan?  
 ¿Y es posible sobre todo que esto el gobierno consienta?  
 Reflexionando así estaba, cuando á mí llegó una vieja de fecha ambigua, y mas sucia que una escribanil conciencia.  
 —¿Quiere usted, señor, me dijo,

(1) De resultados de mi romance *El cerano de 1848*, inserto en el SEMANARIO del día 3 de setiembre, pusieron los periódicos un oficio-circular, mandando á las feos que marchasen á Almagro. No han obedecido; ¡cosas de España!

alguna cosa muy buena?»  
 Metí los ojos curiosos  
 dentro de un cajón de estera,  
 y vi.... no sé: un *nuro-magnum*  
 de antigüedades selectas.  
 Corrió un vejete en mi ayuda,  
 digno consorte de *aquella*,  
 y empuzó á hablar por los codos,  
 por no bastarle la lengua,  
 pasándose por la vista  
 los objetos de su tienda.  
 —«¿Usted, señor, esta bata?»  
 —¡Tiene una hechura moderna!  
 —¡El ser antigua es su mérito!  
 Nelson la llevaba puesta  
 en el combate que llaman  
 de *Rejalyar*.—¿Y estas medias?  
 —De don Alejandro el Magno  
 me han asegurado que eran.  
 —¡No era su fuerte el aseó!  
 Y ¿no tiene compañera  
 esta bata?—No señor,  
 pues la otra está con la pierna:  
 el *zancajo* de Mahoma;  
 ¡oh! es histórica esa prenda!  
 —¿Y este candelero viudo?  
 —El otro fué á *Ingalatera*  
 para alumbrar el palacio  
 en las bodas de la reina.  
 Con este guante retó  
 David á Goliath.—¡De veras!  
 —¡Oh! sí. Este chái fué de safo  
 que de amor vehemente presa  
 pegó el salto de *Leocadia*  
 y se rompió la mollera.  
 Este medallón de pelo  
 lo regaló á una doncella,  
 al salir del hospital  
 curada de sus dolencias,  
 la loca de Doña Juana.  
 Con este sable, una oreja  
 cortó á un gapanán San Pedro.  
 Este trozo de bayeta  
 se lo puso Bonaparte  
 cuando se *constipo* en Jena.  
 Estos báules sin fondo.....  
 —¡Basta, basta!—¡Que! si quedan  
 más de mil curiosidades!  
 —Me conformo con no verlas.  
 Diga usted ¿qué precio tiene  
 el retrato de Espronceda?»—  
 Y lo cogí, porque estaba  
 encima de una cazuela;  
 despedíme del vejete,  
 dándole media peseta,  
 y eché á correr, pues las chinchas  
 me acosaban muy de cerca,  
 acampadas en accho  
 de alguna vietnita, hambrientas  
 pululando con descepo  
 por tan linda *enciclopedia*.  
 Lleno de risa, á mi casa  
 llegué, y encerréme en ella,  
 dispuesto á mas no salir  
 mientras que duren las ferias  
 para no ver á la villa  
 convertida en una aldea.  
 Si es de noche, el populacho  
 en la calle me atropella  
 y no puedo ir al teatro  
 per no *admirar* las comedias  
 tan *propias* de la estación,  
 adonde la majía impera,  
 que yo, amigo del buen gusto  
 quiero escuchar en la escena  
 á Latorre y á la Bárbara  
 ó á Matilde y á Roma.  
 Otoño, pasa volando,  
 ó al menos, pasan las ferias;  
 vuelva la corte á ser corte:  
 las chinchas á casa vuelvan

que yo, mientras reines tú,  
 con propiedad y certeza  
 La vida es sueño te juro  
 hacer, mientras que no pueda  
 en un sitio retirado  
 pasar las horas enteras  
 al lado de mi querida  
 para mentirla ternezas.

TEODORO GUERRERO.

En Madrid las vacaciones de verano de los teatros se prolongan una buena parte del otoño, al menos para los no aficionados á lo maravilloso y á la majía; el calor retrae á la concurrencia de los coliseos y los obliga á cerrarse: las ferias producen otro efecto peor, usurpan con el escamoteo y las funciones de brocha gorda, el terreno que corresponde al arte dramático propiamente tal y seducen á la multitud con espectáculos estrambóticos propios de sallimbanquis, estragando lastimosamente el gusto. Y sino enumeremos, en prueba del contenido de las anteriores líneas, las últimas representaciones de los teatros. En el del Príncipe tris una fatal comedia del Sr. Breton: *Memorias de Juan Garcia*, se ha echado encima una comedia de majía, buena ciertamente, pero que al fin pertenece al género de ferias y ademas está muy vista: *La Redoma Encantada*. El Instituto no ha querido ser menos, y ha reproducido otra comedia de majía de su antiguo repertorio: *Embajador y hechicero*. La Cruz ha vuelto á acoger con entusiasmo á *Macallister y su esposa*, sin abandonar por eso la literatura andaluza antes bien ofreciendo un drama nuevo titulado: *Venganza de un andaluz* que no por ser una obra seria y haber mezclado en ella el lenguaje andaluz con escenas sentimentales, es mas tolerable que las demas composiciones en que se condena al público á escuchar la gerga tan ponderada de la tierra de Maria Santisima. El Museo ha querido anunciar su reapertura con una produccion que metiera ruido, y ha puesto en escena con todo su aparato *El conde de Monte Cristo*, inmenso drama de Dumas en el cual no ha podido sin embargo encerrarse la novela de que está sacado, pero que por la variedad que ofrece el espectáculo y el esmero con que se ha ejecutado, ha llamado la atención. Únicamente el teatro de Variedades, que acaba de abrirse provisionalmente por cuenta de la compañía, se ha abstenido, tal vez por esta so'a circunstancia, de echar mano de una de esas funciones, cuyo atractivo se reduce generalmente á juzgar de la exactitud ó la torpeza con que se imitan, como en una linterna mágica, los cuadros bien ó mal concebidos por el pintor y el maquinista; pero tampoco se ha estampado en sus carteles ningun título nuevo. En cuanto al circo de Paul, siempre favorecido del público, no se ha curado de presentar nada que no sea muy visto, si se exceptua la familia Carrasco, cuyos ejercicios gimnásticos y vistosos grupos, fueron justamente muy aplaudidos, y especialmente el niño mallorquin que trabaja admirablemente en el trapecio.

Si las novedades teatrales son pocas, en cambio las ofertas son muchas. En el Príncipe se ensayan varias producciones de nuestros primeros escritores, el Circo se restaura y se rejuvenece, esforzándose en borrar las señales de su primitivo destino, para hospedar dignamente á la ponderada compañía de ópera que se anda formando con artistas de mérito, y á la de baile que acaso alternará con aquella luego que haga su presentacion en 1.º de noviembre. El Instituto y el Museo anuncian tambien muchas novedades, la Cruz no se queda atrás y prepara..... *El Diluvio Universal* precedido, se supone, de *La Creacion del mundo* y una Parodia de la *Souámbula*, mezclada con unas cuantas piezas andaluzas.

No ha podido tener cabida en este número la continuación de la interesante novela: *Fenómenos psicológicos* que comenzamos en el anterior y proseguiremos en el siguiente.